

# Las grandes farsas de la burguesía

Creemos de nuestro deber comentar editorialmente los acontecimientos sangrientos con que culminó la campaña política recién pasada. Creemos que esos acontecimientos han venido muy oportunamente a servir para desenmascarar a unos cuantos licenciados, generales, sacerdotes, doctores, etc., que hasta hace poco tiempo proclamaban y defendían doctrinas de belleza mentirosa que ellos mismos no comprendían, no siendo otra cosa que pícaros redomados, lucradores sin escrúpulos de esas mismas teorías. Servirán también esos acontecimientos para despejar la nublada conciencia del pueblo, clarificando muchos conceptos que todavía permanecían oscuros en ella a pesar de nuestros esfuerzos.

## Qué ha quedado a los trabajadores de esos acontecimientos

Ante todo queremos formular esa pregunta: ¿qué beneficio han derivado los trabajadores de esa acción sangrienta? Ninguno. ¿Y perjuicios? Muchos. Su situación económica empeorará indudablemente, y además, perdieron 15 o 20 compañeros suyos. Castritas o jimenistas, ellos eran trabajadores; y no los perdió el castrismo o el jimenismo; los perdió la clase trabajadora. Y preguntamos ahora: ¿quién se encargará de mantener a los huérfanos y a las viudas de esos trabajadores?

La camarilla directora del partido ricardista, se alista ya para caer sobre el presupuesto. Ufanos y satisfechos irán algunos de esos señores a ocupar curules en el Congreso; otros a disfrutar de sabrosos Ministerios; y otros, a gozar de contratos y concesiones jugosas. Si algún trabajador consigue algo, no podrá ser otra cosa que una alta de policía; es decir, un puesto de guardián de los intereses del capitalismo.

Por otra parte, Castro Quesada reposa de sus fatigas en la finca de uno de sus desposeídos partidarios (porque no hay que olvidar que el castrismo era el partido de los desheredados). Sus chopiches, se dedican también a reponer en fincas y chalets la tranquilidad perdida en «la memorable jornada cívica». Dentro de algunos días, posiblemente partirán para Europa, a completar en París en Venecia o en cualquiera otra famosa ciudad, mediante dineros del Estado, el reposo iniciado aquí. El general Volio, «el denodado idealista» que actualmente «reposa en calma» en la Villa de Sorelois, se alista para comenzar a devengar seiscientos colones mensuales en el Congreso.

\*Mientras tanto, orfandad y miseria en los hogares de los trabajadores sacrificados. ¿Qué pensarán esos infelices huérfanos y esas infelices esposas de la patria porque murieron sus padres y esposos?

Sangriento escarnio! Y todavía los infames burgueses, esos que durante la refriega permanecieron muy tranquilos debajo de las camas de sus casas, comiendo, bebiendo y durmiendo mientras sus peones se jugaban la vida, siguen dándole vuelta a la palabra «patria», unos para concluir que la «patria» está derrotada porque fueron derrotados ellos, y otros para declararla victoriosa porque ya comienzan a soborear la prebenda sangrienta.

## Un caso entre muchos

No podemos dejar de relatar un hecho de que tenemos conocimiento, que caracteriza perfectamente la actuación de trabajadores y capitalistas en la mencionada contienda.

Se nos dice que el cafetalero herediano Julio Sánchez, reunió, en cuanto tuvo noticias de los acontecimientos, a sus peones, y los envió en rebaño a la capital a ponerse a las órdenes del Gobierno para «la defensa de la patria». Claro, él permaneció apoltronado en su finca, muy satisfecho de que sus trabajadores, los que han vivido y viven regalándole sus fuerzas, pasando hambre y privaciones para que él haga capital, fueran también a verter su sangre en aras de «la patria». Pasó la contienda; los peones volvieron al yugo; y él, posiblemente vino a la ciudad a pavonearse muy orgulloso en los círculos sociales, a recibir sonriente felicitaciones por «su patriótico y levantado gesto». Y además: por qué no podría recibir también alguna gangilla en pago de tan espiritual proceder? Desde luego, esa gangilla nada tendría que ver con los peones; sería únicamente con él, porque para eso él les hace a ellos la caridad de darles doce reales por un día de rudo trabajo. Preguntamos: Si hubiera muerto uno de esos peones, don Julio Sánchez se habría encargado de recoger su familia?

En la misma forma se nos dice que procedió un cafetalero de apellido Montealegre y otros filántropos de la misma calaña.

## Las excelencias de la democracia burguesa

Quién no está atragantado con frases de políticos de oficio hechas a base de la palabra «democracia»? Y más que nadie, nosotros los comunistas, que hace unos cuantos meses, cuando se trató de la inscripción de nuestro Partido, fuimos obsequiados profusamente con ensaladas de «democracia» condimentadas con «viveros de la patria tica» y «principios sagrados de la Constitución». Para no violar la Constitución se nos colocó fuera de la ley; y para respetar el precepto aquel de «la soberanía del pueblo» se nos impidió ir a los comicios a disputar a los capitalistas el poder. Nosotros a pesar de eso—como sinceros luchadores que somos—continuamos en nuestra labor de organización de masas, y a la vez, nos dedicamos a observar, desde nuestro ángulo de revolucionarios definidos, de enemigos francos e implacables del actual orden de cosas cimentado sobre privilegios e iniquidades, el desarrollo de los acontecimientos.

¿Qué vimos en los cuatro partidos que se disputaban el poder? Tres camarillas de capitalistas por un lado, compuestas con rarísimas excepciones por hombres de moral castrada; y una camarilla capitalista también, por el otro, compuesta por hombres más sanos moralmente. Para las clases trabajadoras, todos exactamente iguales, desde luego que todos eran abanderados del orden social capitalista. Prácticamente, en qué se diferenciaban unas camarillas de las otras? En que la de don Ricardo Jiménez contaba con más oro que la de Castro Quesada; ésta, con más oro que la de Jiménez Ortiz, y a su vez, ésta era más fuerte desde el mismo punto de vista que la de Koberé

Bolandi. ¿Cuál tendría que ser el resultado de las elecciones? Nosotros desde un principio no vacilamos en afirmarlo: triunfos proporcionales a la fortaleza de capital de las respectivas camarillas. Y así resultó. Para nosotros la cosa era perfectamente lógica. Sabemos de sobra que la tal democracia es la más cínica de las mentiras; que «la soberanía del pueblo» es una solemne falsedad; que el único soberano en todos los países de organización capitalista es el capital, y que él pone y quita gobernantes como cada capitalista aisladamente quita y pone mandadores en sus fincas.

## Cinismo

Lo anterior puede ser dicho con propiedad por nosotros y usado en respaldo de nuestras actitudes futuras. Pero Castro Quesada, Carlos María Jiménez y sus respectivos cortesanos no tienen derecho a decirlo. Sin embargo, lo han dicho en todos los tonos en estos días para justificar cada uno de sus pasos turbios.

Castro Quesada se metió a un cuartel junto con el general Volio y otros jurados defensores «de las raíces y tradiciones de nuestra cultura moral y social» (manifiesto de Volio del 4 de enero) con el fin de tomar el poder. Y al hacerlo, dijeron: Ricardo Jiménez ha obtenido mayoría de votos mediante el oro y no mediante la voluntad del pueblo; desde luego nosotros cumplimos con nuestro deber neutralizando el oro con las armas. En qué quedó entonces la teoría democrática capitalista por ellas defendida? Y aparte de eso: ¿ellos en ninguna forma usaron dinero en su campaña política? (entre paréntesis, queremos decir, que tuvimos a la vista, mostrada por él mismo, la libreta de un propagandista castrista que el día de las elecciones apuntaba en ella: dinero dado a fulano de tal para decidirlo a votar por nosotros...; propina para sutano...; una botella de guaro para mengano...; etc.)—¿Manuel Castro Quesada fué lanzado a la arena política por el pueblo o por un grupo de «señores» capitalistas?

Insistimos en que lo único que diferenció al partido castrista del baño triunfante fué que tuvo menos dinero para la campaña; nada más.

Queremos ahora preguntar: ¿Castro Quesada habría hecho un gobierno que favoreciera al pueblo en caso de triunfo? Para disipar dudas a ese respecto, bastaría observar el nombre de Fernando Castro Cervantes a la cabeza del círculo capitalista que postulaba a Castro Quesada.

## Más cinismo

Además de neutralizar la influencia del oro en la política, querían los «muy patriotas revolucionarios» «salvar al país de Ricardo Jiménez». Les creeríamos si no tuviéramos a la vista en este momento declaraciones formuladas por el general Volio el año próximo pasado, en las que ensalza a Ricardo Jiménez con amplitud; si no recordáramos también la facilidad con que en la política de 1928, este mismo señor general tendió los brazos a Ricardo Jiménez, a quien tenía obligación de conocer, ya que éste llevaba más de treinta años en la vida política del país. Les creeríamos si no tuviéramos también a la vista unas declaraciones del Lic. Francisco Ross hechas al comienzo de la campaña recién pasada, en que se expresa maravillosamente de Ricardo Jiménez y manifiesta que «posiblemente el Partido Reformista irá con él» (y el señor Ross, dice «La Tribuna» de hoy, era el hombre designado por el castrismo para salvar al país en la presidencia de Ricardo Jiménez). ¿Y de Castro Quesada, que podríamos decir? ¿No fué siempre el fiel servidor de Ricardo Jiménez? No fué él quien hace apenas pocos años dió la segunda presidencia «al conocido tartufo», mediante un empujón a la democracia, «mediante un crimen ignominioso»? ¿Y no ha sido siempre él, figura destacada en la trayectoria política de entreguismo de Ricardo Jiménez?

## ¿Y los carlistas?

¿Y de Carlos María Jiménez, ese próbo varón que no sería extraño que de un momento a otro nos resultara canonizado, ese abogado de la United Fruit Company, acérrimo enemigo sin embargo del oro de las compañías extranjeras, el panegirista en otros tiempos de Ricardo Jiménez, qué diremos? Cuántas veces lo oímos en las tribunas públicas hablando de Ricardo Jiménez con orgullo! Se alejó de él, porque no le entregó el poder; porque no le pagó en la misma moneda, los chanchuyos con que él y Castro Quesada lo elevaron; porque no pisoteó la «sagrada democracia capitalista». Desde entonces comenzó a ser Ricardo Jiménez un bandido; desde entonces ha comenzado a descubrirle pillerías cometidas en una época en que él fue su colaborador.

Tenemos también artículos a la vista de José Albertazzi Avendaño y de Rogelio Sotela y de otros declamadores contra Ricardo Jiménez, en que ponen a este hombre por las nubes y lo consideran «orgullo de la patria». Pero ahora obedecen fielmente a una consigna y no tienen inconveniente en decir lo contrario.

## Lo que pensamos de Ricardo Jiménez

Lo anterior lo hemos dicho, para probar toda la farsa, toda la hipocresía, todo el cinismo que hay en las poses de esos hombres que se dicen verticales y honorables. Pero eso no quita que creamos sinceramente que Ricardo Jiménez sea uno de los entreguistas más grande que tiene el país; que siempre ha sido y actualmente lo es, un fiel servidor de todos los imperialismos y de muchas cosas torcidas. Nuestra ideología y nuestra vida respaldan estas afirmaciones que nadie podrá tachar nunca de interesadas.

Pero también queremos declarar, que no menos perniciosos para el país son Carlos María Jiménez, Manuel Castro Quesada, Jorge Volio y sus respectivas camarillas.

## Volvamos a la democracia

¿Existe o no existe la democracia? Es el pueblo quien elige gobernantes?

La teoría de la violencia que esos señores revolucionarios han criticado en nosotros, ha sido puesta en práctica por ellos con un fin puramente personalista.

# Los hijos de los trabajadores

Centenares de niños irán este año a las escuelas, hambrientos y semidesnudos, tal es la cantidad de padres de familia que hace meses no tienen trabajo. Son muchos los hogares de esta ciudad en los cuales no se enciende el fuego porque nadie gana ni un cinco a pesar de que los trabajadores ofrecen la fuerza de sus brazos por salarios mezquinos que al menos les permitan no morir de hambre.

En esta época de crisis, las herramientas no son arma que permita a los trabajadores defenderse de la miseria creada por el sistema social que los condena ahora a mendigar por las calles como si fueran ineptos infelices.

El número de hogares miserables va aumentando cada día, y es de tales familias de donde salen esos miles de niños tristes y débiles que en la escuela forman el grupo de los inferiores, de los perezosos, de los ineptos, de los tontos, de «el mal elemento» como dicen las maestras y del cual huyen como de una peste. Y es que no hay peste más aniquiladora que la miseria porque destruye al individuo rebajándolo poco a poco moral y físicamente.

¿Qué hace la escuela ante este grave problema de la miseria de los niños? ¿También la rutina escolar indiferente arrollará a estos infelices chiquillos?

Hasta ahora a la pedagogía le ha resultado más cómodo ser indiferente a los problemas sociales desde el punto de vista político y económico, y la escuela como institución burguesa que es, aparenta resolver los problemas por medio de la filantropía, y limita sus actividades a la prédica de virtudes burguesas como el ahorro, la caridad etc. que sólo pueden ser realizadas por los niños hijos de padres acomodados que, como tienen

de sobra el dinero, pueden darse el lujo de tener hijos caritativos y que saben ahorrar.

¿Acaso no es inmoral cultivar el ahorro habiendo dentro de la misma escuela que guarda el dinero de los niños acomodados, centenares de niños descalzos y hambrientos?

El grave problema de la miseria en la escuela tiene hondas raíces en el sistema político y económico que nos gobierna; por esto es absurdo que los maestros sean tan ajenos a los movimientos sociales que represtan un anhelo de transformación en la vida. Por eso nos resulta ridículo oír a los pedagogos hablar de transformar la escuela, oírlos discutir problemas que no tienen otra razón de ser que lo absurdo del sistema capitalista que condena a miles de niños a la miseria y al desamparo.

Y nos resulta también ridículo ver a los padres de familia respetando esa escuela que no es más que una institución al servicio del capitalismo.

Sabemos que en las maestras inteligentes y piadosas, la miseria enciende sentimientos de caridad y sacrificio dando lugar a actividades protectoras de los niños. ¿Pero qué pueden esas lindas virtudes contra la miseria que cada día se extiende más, devorando las víctimas de este sistema social?

¿Qué hacer entonces si estas virtudes a medias no resuelven nada?

A los que no se cruzan de brazos pasivamente ante la vida, a esos, y sólo a esos, el Partido Comunista les dice que hay que transformar esas virtudes pasivas en fuente de rebelión, hasta hacer de la rebelión inteligente la virtud impulsadora que anime todas las otras virtudes que hasta ahora no

Pasa a la pág 4

Y englobamos aquí también a Carlos María Jiménez, porque como bien lo dijo un señor a quien nosotros comparamos con un higo azucarado nadando en una taza de porcelana barata, él hizo el papel de un perfecto alcahuete de «los defensores del pueblo soberano».

Los juegos llevados a cabo en estos últimos días en el Congreso por el castro-carlismo—juegos de que no tratamos por no alargar más este comentario—hablan una vez más del íntimo convencimiento de esos señores, de que la democracia es una mentira; de que sólo sirve para ocultar todas las porquerías que esos señores quieren poner en práctica para la realización de sus fines mezquinos. Y es así como ellos ríen sabrosamente del pueblo, desde sus mesas bien servidas y sobre los colchones de sus camas suaves. Durará esa risa toda la vida?

## Y tres preguntas para terminar

General Volio: ¿Sigue usted en su actitud de censura para el Comunismo por el hecho de que «por congreuir la igualdad económica quisiera anegar en sangre las conquistas del mundo civilizado»? Pues sepa y entienda que usted ha anegado en sangre esas conquistas, y en sangre de trabajadores, pero no por conquistar ninguna igualdad, ninguna equidad, sino por satisfacer una ambición personal. ¿Sigue usted pensando que «al ideal se llega paulatinamente por un natural proceso evolutivo»? Pues estamos de acuerdo con usted en el significado que le da a la frasecita «proceso evolutivo». En cuanto al significado que para usted tiene la palabra «ideal», no estamos de acuerdo.

Por último: ¿Cómo es la cosa señores paladines del patriotismo y de la legalidad? El capitalismo sólo es defendible cuando sus víctimas, los trabajadores, le muestran los puños? ¿Es justificable el capitalismo cuando mata a niños y ancianos de hambre; cuando destruye las fuerzas productivas de la sociedad; cuando reduce a cenizas millones de toneladas de alimentos; y no lo es únicamente cuando «acha a rodar por el suelo los jueguitos con que pensábamos ver colmadas nuestras nobilísimas ambiciones personales?»